

Dos poemas

Los árboles, recuerdo, me atravesaban la cara.
Sentía mi sonrisa como un cristal de viento
y era mi mirada la confianza
en lo que nos miraba.

Supé que así comienza la felicidad, como algo que termina.
Supé que alguna estrella me nombraba muy cerca de mi pensamiento.

De espaldas a la tarde, de frente al nuevo día
hice mi desaparición a medias, mi aparición a medias,
era lo pertinente,

y comprobé que el terciopelo que mi oreja detectaba
era el solo silencio de una música
que siete u ocho años después escucharía
desde mi corazón para entonces de vidrio.

Mamá quiso reírse, y lo hizo, aunque mordiéndose un dedo.
Se le despeinaba el sentimiento, bien que de modo amable,
solamente de verme atravesar el calendario
para llegar a ti, que aquí me besas. —

Soy pobre, pero músico,
un músico descalzo,
que sabe de la tierra, de las piedras,
y que sabe, por eso, de los pájaros.

El órgano en que toco está algo desdentado,
como algún día, sin duda, yo lo estaré;
mientras, este rincón que habito
me lo abrisa de cielo.

Ahora me habla de garzas y de flores,
de una corona verde,
de una flecha dichosa y del número 2. Yo nada entiendo,

excepto que estos tubos antes de oro
aún de oro son a mis oídos
y que de lo derruido de estos muros

la hora sé: no la voy a decir,
que la digan mis dedos,
que saben escuchar mejor que yo. —